

EL LECTOR DE GALDÓS

Alfonso Armas Ayala

Tiene esta comunicación tres semi-capítulos. En el primero, intento resumir aspectos de la distribución y venta del libro galdosiano; en sus primeras ediciones.

En el segundo, reseñar —con ayuda de Pedro Ortiz Armengol— cómo llegó a Inglaterra el primer tomo de *Fortunata y Jacinta*, libro reiteradamente solicitado por José Alcalá Galiano, cónsul español en Inglaterra (Newcastle).

En el tercero, la sombra de un lector galdosiano viene a culminar este recorrido bibliográfico del libro de Galdós, protagonista esencial de su obra. Y viajero interminable de su mensaje literario.

I

*«Contra lo que ha dicho mi ninfa gentil, opino yo que el mecanismo interno de la producción literaria despierta en el público interés más vivo que la producción misma»*¹.

Como refiere L. Monguió², «el autor de las dos primeras series de *Los Episodios Nacionales* que han tenido gran éxito de librería en España y en América... no lleva trazas de figurar entre los accionistas del Banco de España». Efectivamente, en América tuvo la obra de Galdós una difusión notable. Ahí quedan los nombres de González Peña y Victoriano Salado, discípulos mejicanos, que tuvieron la imitación de *Los Episodios*. Lo mismo que Ricardo Palma o Cayetano Coll, también imitadores del novelista español. Y en Venezuela, *Los Episodios* fue lectura común entre los venezolanos de fin de siglo; no resulta difícil encontrar aún en bibliotecas privadas caraqueñas ediciones de *Los Episodios*, especial-

¹ Benito P. GALDÓS, *Memorias de un desmemoriado* (Obras inéditas. Vol. X. Madrid, CIAP, 1930, págs. 218-219).

² L. MONGUIÓ, «Crematística de los novelistas españoles del s. XIX», *Revista Hispánica Moderna* XVII, núm. 1-4; enero-dic. 1951.

mente la de 1884, precisamente una de las más caras y que exigía la suscripción previa.

Con todo, como dice Monguió, Galdós no obtuvo grandes rentas de sus libros, aunque, como puntualiza Valera³, Galdós llegó a vender 20.000 ejemplares de cada novela. Y *Los Episodios* —sin duda la obra galdosiana más difundida— fueron los libros que más dinero le proporcionaron al autor. No en vano supo aprovechar, desde su primera edición, la fórmula del folletín para excitar la curiosidad del lector, movido siempre por la lectura de la siguiente entrega.

Recuérdese que la continuidad de la tercera serie de *Los Episodios* obedeció a razones estrictamente económicas; y que esa continuación daría origen a una nueva concepción histórica de la novela galdosiana.

El profesor Botrel ha referido, con escrupulosidad, cuál fue y cómo se desarrolló la ruptura de Perlado con Galdós; después de haber sufrido «la liquidación por anticipo» que su socio —Cámara— le había exigido. Y después de haber abonado Galdós más de «ochenta mil duros»; para dar por saldado un pleito en el que Maura, su abogado, no quiso entrar. Porque sabía cuál iba a ser el resultado. «Los Srs. Perlado, Páez y Cía.» se obligaban a poco... y conseguían mucho; porque tenían buen olfato comercial. El primer contrato es de 1904 y el segundo, de 1906. En el segundo, «cede y vende a los sucesores de Hernando todos los ejemplares de sus obras que «actualmente tiene ésta para su venta en comisión y de las que se editen en lo sucesivo». Un conjunto de préstamo y de contrato para todas las obras que escriba Galdós «en el futuro», compromete al escritor a obligaciones demasiado onerosas. Como señala el profesor Botrel, «en 1918 —dos años antes de morir—, fecha de ... *Santa Juana de Castilla*, sólo disfruta de una propiedad efectiva sobre tres *Episodios Nacionales*, una novela y cinco obras dramáticas, después de haber producido 100 obras». Del 1 de julio de 1879 al 4 de noviembre de 1896, los ingresos de Galdós por venta de libros... fueron de 13.998 ptas. anuales. Desde 1904 a 1911, Galdós —según los datos aportados por Botrel— cobró 312.551 ptas.; alrededor de 45.000 ptas. anuales, mientras que un Embajador sólo alcanzaba la cifra de 20.000 ptas. anuales.

Es decir, que, a pesar de préstamos, hipotecas y descuentos de sus ganancias, Galdós gozaba de una rentabilidad bastante envidiable; y de haber sido menos dispendioso⁴, hubiese duplicado tales ganancias.

Esta fue la culminación comercial de un proceso que había comenzado con las entregas del folletín o cuadernos, como refiere el mismo profesor Botrel. Se regalaban «una primorosa lámina», «una cubierta de color», colaboraban «los mejores artistas de la corte» y se procuraba ofrecer «una elegante portada». Con «un real» de entrega semanal se saldaba

³ J. VALERA, *Nuevos Estudios Críticos*, 1888.

⁴ J. F. BOTREL, *Letras de Deusto*, vol. 4, núm. 8, julio-dic. 1974.

por parte del suscriptor su obligación para ir recibiendo las «16 páginas, en 4.º mayor, de buen papel y esmerada impresión»⁵.

Así fueron recibiendo los primeros lectores de los primeros *Episodios* sus entregas en la *Revista de España*. Y así, nuestro escritor, a pesar de sus pocas simpatías por el folletín, terminó utilizándolo para difundir su obra literaria. Y para empezar a percibir las primeras ganancias de sus libros.

Porque, en contra de lo que se piensa, a Galdós le preocupó, desde el comienzo de su carrera literaria, no resultar oneroso para su familia. La primera edición de *La Fontana de Oro* fue posible gracias a la generosidad de su hermano Domingo; y procuró muy pronto devolverle el importe de la edición y, con ayuda de sus amigos de *La Guirnalda* y de *La Revista España*, comenzar la primera serie de sus novelas.

El profesor Botrel, en las mismas páginas del artículo mencionado⁶, refiere cómo concebía Galdós a «ese lector especialísimo el que gusta de comprar novelas...». «La pide a su gusto», «da el patrón, la medida»; «aquí tenemos —concluye Galdós— explicado el fenómeno, es decir, la sustitución de la novela nacional de pura observación por esa otra convencional y sin carácter, género que cultiva cualquiera, peste nacida en Francia...».

De todo el párrafo —redescubierto y valorado tanto por Montesinos como por Pérez Vidal⁷— vale la pena destacar: la parte negativa señalada por Galdós y la positiva, «la sustitución de la novela nacional de pura observación». El propio Galdós había ensayado, en sus primeros escritos, este tipo de narración; quizás más movido por el afán de ridiculizarla que de alabarla.

En el mismo texto, líneas después, aparece citado Dickens —«las admirables obras de arte que produjo Cervantes y hoy hace Carlos Dickens...»—, y el hecho de citarlo dice ya mucho en favor de esta crítica escrita por Galdós en 1870; el mismo año en que concluía *La Fontana de Oro*. Es decir, cuando el novelista comienza ya a enseñar sus nuevos moldes novelísticos.

Y no es el menos importante la amplia difusión que alcanza este tipo de lectura entre la masa de lectores: cuasi alfabetizados, necesitados de grandes blancos y negros en las páginas de los prospectos, formados por gentes de la clase modesta y popular. El libro penetra «hoja por hoja en los hogares», y esta penetración hace posible que haya sido la novela —lectura obligada— la verdadera oleada tipográfica que va inundando a los nuevos hogares. Enriquecidos con las entregas y las suscripciones.

En todo momento —como le ocurre a Amparo en *Tormento*—, «a las láminas más que al texto atendía la fatigada joven»⁸; porque esas «lámi-

⁵ J. F. BOTREL, *La novela por entregas*. (Vid. *Creación y público en la novela española*. Castalia, pág. 113, 1974).

⁶ J. F. BOTREL, *La novela por entregas...*, pág. 135.

⁷ Vid. B. P. GALDÓS, *Madrid*. Aguado, 1957.

⁸ J. F. BOTREL, *La novela por entregas...*, pág. 147.

nas», esos grabados simplistas y expresivos eran el complemento más valioso que tenía el novelista. No tan sólo para el incipiente lector, sino también para el mejor ornato de la lectura.

Las cifras que ofrece el profesor Botrel son bastantes expresivas. Cada editorial buscaba ofrecer mejor baratura en sus ofertas; y, sin menoscabo de la calidad tipográfica, cada editor procuraba abaratar su oferta⁹. Porque la pugna editorial era grande y las ofertas se multiplicaban.

II

José Alcalá Galiano —de ilustre estirpe gaditana— fue diplomático español que desempeñó sus funciones en distintos lugares, en los más dispares: desde los archivos del Ministerio de Estado hasta las calles de Singapur, en donde permanece más de un año y de donde, como recuerda Ortiz Armengol, «se trae un hígado estropeado y una dispepsia»¹⁰.

Fue Alcalá Galiano hombre apasionado de la Literatura. Tradujo a Leopardi, a Lamartine y a Goethe; fue autor de un libro, *Estereoscopio social (Colección de cuadros contemporáneos)*, editado en 1872, con un prólogo de Galdós. Uno de los tantos prólogos —por otra parte, nunca muy dispuesto a estas presentaciones *obligadas*— escritos por nuestro novelista, en esta ocasión obligado por la estrecha amistad que lo unía con Alcalá Galiano.

Y, además, fue uno de los tantos amigos de Galdós deseoso de recibir un ejemplar dedicado por el escritor, siempre remiso en el envío de ejemplares; aún con los amigos más próximos. Alcalá Galiano escribe versos y se los envía a Galdós; le pide, una y otra vez, *Tormento*; le reitera, con octosilabos, los *Episodios*; insiste, en su bibliomanía, en solicitar la mediación de Galdós para que le consiguiera algún libro de D.^a Emilia, «si te sigues cartearando con la Bazán».

Además, y esto es lo más importante, Galdós está decidido a aceptar la invitación que le hacía el cónsul de viajar a Inglaterra. Galdós sigue las recomendaciones de Alcalá: «empaqueta —le dice— un par de camisas en tu maleta, llégate aquí, donde Londres, visitando el pueblo de Shakespeare»; escuchando algunos de los cientos de endecasílabos franceses escritos por Alcalá Galiano, la estancia inglesa de Galdós fue transcurriendo sin grandes sobresaltos. Sobre todo, ambientada con la atmósfera literaria que el cónsul español imprimía a casi todas sus actividades. Algunos versos de Byron, traducidos por Alcalá Galiano, escucharía Galdós durante sus días ingleses; porque en aquellas fechas, Galiano estaba luchando con los endecasílabos de Byron, y con la revisión de una versión juvenil que había hecho de *Manfredo*.

⁹ J. F. BOTREL, *La novela por entregas...*, pág. 144, n. 32.

¹⁰ Vid. Pedro ORTIZ ARMENGOL, *De cómo llegó a Inglaterra...*, *Fortunata y Jacinta*, Londres, 1981. Una hermosísima edición no venal hecha bajo el celo del autor, notario galdosiano de primerísima calidad.

Ahora, por añadidura, el desesperado cónsul insiste —después de casi dos años— en sus peticiones de recibir *Tormento* y *La de Bringas*, reacias a viajar desde Madrid a Newcastle. Mientras nuestro cónsul, desesperado, se permitía una jocosa posdata: «Un saludo al sol, al que no veo hace cerca de tres años.»

Mientras tanto, en 1887 —hubiesen viajado o no—, *La de Bringas*, *Tormento* y *Lo Prohibido* salen a los escaparates; Galdós sigue, metódico y tenaz, escribiendo novelas. Y en este primer semestre del 87, Galdós y Alcalá Galiano vuelven a encontrarse en Inglaterra. Es uno de los más fructíferos viajes de nuestro novelista; ahí quedan las crónicas publicadas en *La Prensa*, de Buenos Aires. Dinamarca, Holanda, Alemania e Inglaterra fueron visitadas por los dos amigos.

«En una y otra orilla —se refiere al río Tyne— no hay más que fábricas cuyas chimeneas parecen arrojar sobre el cielo el mismo limo negro que extraen del suelo... Todo es negro, del color de la mercancía, así como en Bilbao las casas y las personas están, del color del mineral de hierro». Y más adelante, en la misma crónica, añade Galdós: «en cuanto al Sol, se supone que está en alguna parte del cielo, pero no se le ve, ni es fácil averiguar dónde se halla». La conclusión del cronista no puede ser más pesimista: «Dos grandes principios se desarrollan en este ambiente negro: el trabajo y la familia. De estos dos principios nace la riqueza y la fecundidad de la raza... no hay más remedio que producir cada día más, y produciendo más se pone más feo el cielo, más negra la atmósfera y va ganando terreno la vida doméstica y fabril.»

La anglofilia galdosiana es capaz, bajo la capa del humor, de justificar las negruras del hollín inglés; al mismo tiempo que denuncia el «aspecto verdaderamente terrorífico» de los miserables, casi arrancados de una página de Dickens. «Lo social dista mucho de la perfección. El pauperismo ofrece aspectos verdaderamente terroríficos en medio de tanta riqueza, y puede asegurarse que en ninguna parte de Europa se ven pobres tan andrajosos y famélicos como en Inglaterra.»

Desde 1886 había comenzado la redacción de *Fortunata* y *Jacinta*, la novela más completa de la densa obra galdosiana. En ella asoman, cada vez con más insistencia, las lacras sociales denunciadas por el novelista, sin duda como contraste con el esplendor y boato de los Santa Cruz y de la alta burguesía madrileña. La novela, como dice R. Puértolas, «trata de una visión dialéctica, de inspiración hegeliana, pero que va más allá... *Fortunata* representa la Naturaleza, el Pueblo, la Revolución, y también la fecundidad»¹¹.

¿Pudo haber influido en Galdós, en la evolución de la ideología galdosiana, estas «lacras» de la sociedad inglesa que el novelista supo plasmar, a lo largo de *Fortunata* y *Jacinta*, en tantas y tan dramáticas páginas dedicadas a describir la miseria del «Cuarto estado»? No es fácil la contes-

¹¹ J. RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, *Fortunata y Jacinta* (Galdós en Madrid, págs. 290 y sigs.; Consejería de Cultura, Madrid, 1988).

tación, pero sí resulta significativo esta especial dedicación que Galdós tiene para con el *hollín* de la negra Inglaterra dickensiana. Simbolizada en ese Sol sin brillo y oscurecido del puerto de Newcastle. Y reiterada, con geografía distinta, en alguna página de *Fortunata*¹².

Hasta 1888, dos años después de haber salido la primera edición, no llega *Fortunata*... a las costas inglesas. Necesitó muchas decenas de octosílabos escritos por Alcalá, necesitó una carta escrita por Mary —la esposa irlandesa— y necesitó más de una carta en prosa escrita por el desesperado corresponsal galdosiano.

Hasta «el retrato de la Rubia» —cuñada de Alcalá Galiano— parece reclamado por Galdós; y la propia esposa del diplomático español escribe una carta gentil después de «saborear infinitamente a los cuatro tomos» de la novela. Y después, asimismo, de recordar «que Pepe está muy triste estos días suspirando por el cielo azul y el sol del mediodía».

Más y más viajes de Alcalá Galiano y de Galdós: a Italia, a otras ciudades inglesas. El novelista, saturándose del sol entenebrecido de Inglaterra; Don José, su compañero, recordando en versos festivos las andanzas viajeras.

Hasta 1890 no pudo salir Alcalá Galiano de su destino inglés. Pero nunca pudo —y era éste un deseo fervoroso— entrar en la recién creada Dirección de Bellas Artes, aspiración soñada por este viajero trotamundos con maleta diplomática.

Fueron otros los destinos que tuvo. Uno de ellos —como ya se ha dicho— en Singapur; más tarde, en Lisboa, en donde se jubiló a los setenta años.

De toda esta correspondencia —riquísima y muy densa—, valdría la pena destacar las crónicas periodísticas escritas por Galdós. Y la ya madura preocupación social que manifestaba nuestro escritor. Eran los años en que, además de *Fortunata*, escribía otras novelas en las que lo social cada vez se manifiesta de un modo ostensible. Porque la sensibilidad política de Galdós iba tomando otros derroteros, muy distintos a los que había defendido en sus años de diputado «cunero» de Puerto Rico.

Que haya sido la brumosa ciudad de Newcastle un pretexto y que «la vida doméstica y fabril» inglesa haya colaborado a esta mayor sensibilidad, es circunstancia que no debe olvidarse.

Porque Galdós —la crítica galdosiana última es bien evidente— no fue, no tuvo tan sólo, como «señal de senilidad», su preocupación política. Y el estreno de *Electra* (1901), el discurso de *La Fe Nacional* (1901), sus preocupaciones políticas cada vez mayores que desembocarían en su activismo de hombre adscrito a la ideología republicana, son circunstancias que algo tienen que ver con su quehacer literario.

La obra galdosiana escrita a partir de *Fortunata* adquiere un tinte de mayor dramatismo y de un realismo más intenso.

¹² Vid. *Fortunata y Jacinta*, edic. *Obras Completas*, 1942; Aguilar, págs. 7-567 (Benito Pérez Galdós).

Y estos dos factores ya parecen advertirse en estas crónicas periodísticas. Escritas con esa visión con que el escritor era capaz de analizar los sucesos de cada día.

III

Alcalá Galiano, un lector enfervorizado de Galdós. Uno de los tantos miles de lectores que buscaban sus libros, recién salidos a los escaparates.

Lectores —como el cónsul de Newcastle— deseosos de conseguir las primicias editoriales; lectores, como aquella María —corresponsal apasionada— que desde La Habana le pedía con insistencia «libros con dedicatoria». Lectores que, en fin, buscaban el autógrafo del escritor como una dádiva reconfortadora.

Pero había otros. Ignominados. Desconocidos. Igualmente fervorosos.

Como aquel que desde los años treinta —tal vez mucho antes— leía, con persistencia y devoción, *Los Episodios Nacionales*.

Más de una vez, en la cubierta del barco del que era maquinista naval, se le veía apartado de todos, en un sillón, con uno de los Episodios en sus manos. Por la tarde, durante la travesía, en su minúsculo camarote, se empapaba, con fruición, de las aventuras de Araceli, de las de Monsalud o de las de Amaranta.

Le gustaba sobre todo deleitarse en el «montaje escénico» —así lo llamaba él— con que el novelista iba narrando los episodios históricos. Palafox, el General Castro, Napoleón, Torrijos, O'Donnell, o el General Cabrera le resultaban familiares gracias al trasluz con que el escritor los iba presentando. Y de este modo, casi sin darse cuenta, iba adentrándose en la historia española.

Le gustaba —le oí decir— el tono humano y natural con que los héroes aparecían en la narración. No convertidos en protagonistas heroicos, sino en seres humanos, mezclados con los demás personajes. Sin ostentar ni brillo ni preeminencia.

En alguna ocasión, leyendo *Gerona*, casi de memoria repetía mentalmente la batalla de los ratones. Aquellos roedores transmutados en sitiadores feroces y en apetitoso manjar de los famélicos sitiados. Y era de ver cómo Saint-Cyr, Duhesme o Verdier, atados por las patas, iban camino del mercado a pesar de la oposición del «Sr. Nomdedeu», mucho más hambriento que Andrés, el chicuelo cazador profesional de ratones. Y era de ver —y esta es la imagen que guardo de aquel lector evanescente— las risas y los comentarios que hacía cuando volvía a leer aquel pasaje tragicómico, de tanto sabor cervantino por la desnudez humana que entrañaba y por el simbolismo que desprendía.

Cuando la lectura era *Electra*, casi invariablemente, recordaba sus años juveniles en Barcelona, cuando tuvo la fortuna de ver, ya ciego, a Galdós de la mano de la Xirgu. Mientras el teatro pedía con aplausos fer-

vorosos, la presencia del autor. Y cuando las huelgas de ferroviarios y de artesanos cruzaban las Ramblas y el Puerto con gritos y con estandartes.

Uno de sus pasajes favoritos era el de la batalla de Trafalgar. El fervor apasionado de Gabriel en medio de la cubierta del *Trinidad* era una descripción que solía leerla con devoción evocadora. Sus paseos por Puerta de Tierra —en los años que nuestro lector vivió en Cádiz para culminar su carrera profesional—, los jardines del Muelle y la Alameda eran lugares que le resultaban familiares. Y la capilla de San Felipe de Neri, en donde, refería a sus compañeros, había leído el nombre de un canario que había sido presidente accidental de las Cortes de 1812.

¿Por qué aquel lector ensimismado con su Galdós? ¿Por qué este reiterado diálogo silencioso con los personajes de los Episodios? ¿Por qué Amaranta —las cartas de Amaranta, decía él— era una de sus personajes favoritos? ¿Y por qué las locuras ensoñadoras de Tito le hacían reflexionar?

La compañía acogedora de Galdós le resultaba doblemente grata. Revivía y hasta se representaba alguno de los personajes; y, además, resonaban en su memoria las páginas de la segunda serie, que nuestro lector pasaba muy de prisa, decía, para no revivir ni recordar sucesos, en aquellos años de la Guerra Civil española, doblemente amargos para su vida profesional.

Durante casi un año, recluso en su casa —destituido por orden superior—, amigo de pocos amigos, en compañía de Marianela, de Nazarín, de Electra o de Misericordia, encendido más y más en su amor galdosiano. Y reconfortado, una y otra vez, con las congojas o con los ensueños de Tito, aquel truchimán quevedino, inquilino perpetuo de las páginas de *Cánovas*.

Pasados los años, ya jubilado de su profesión, rodeado de sombras para él tan queridas, volvía sin cesar a aquellos tomos de Aguilar, subrayados y anotados con su letra y con sus rayas.

Y volvía a leer, en aquel papel biblia con letra tan menuda, no como el lector del folletín de 1840, sino con la conciencia atenazadora de que su Galdós, el Galdós que tenía en sus manos, le conducía, inevitablemente, a la evocación y al recuerdo.

El mismo que yo he querido rendirle hoy. Como un lector más, un desconocido —para mí único e inolvidable— lector de Galdós.

Recreador de vivencias personales e intransferibles.